



Octubre 2025 | #283

Columna Invitada

De redes visibles e invisibles

por Pablo García-Parisi

Instituto de Investigaciones Fisiológicas y Ecológicas Vinculadas a la Agricultura, Facultad de Agronomía, Universidad de Buenos Aires (IFEVA/CONICET-UBA).

Esta es una anécdota de redes que se entrecruzan. Los nombres y las fechas también son anecdóticos. Terminaba la RAE 2023 en Bariloche. Antes de tomar los vuelos para Buenos Aires y Posadas, estábamos Emilio (misionero, agrónomo devenido en ecólogo) y yo (pergaminense, agrónomo devenido en micorrizólogo, entre otros tantos devenires) en la playa del Nahuel Huapi dibujando hipótesis en la arena con un palito. Discutíamos dudas, ideas, preguntas que nos dejaba el congreso.

Meses después apareció una convocatoria de la Sociedad para la Protección de las Redes Subterráneas (SPUN por sus siglas en inglés) para participar de un programa que busca mapear las comunidades de hongos micorrícicos a nivel mundial. Y encontramos un lugar para empezar a responder algunas de las preguntas que dibujamos en la arena: ¿Cuál es el impacto del cambio en el uso de la tierra y de la vegetación sobre las comunidades de hongos micorrícicos? ¿Existen sistemas que permitan producir y conservar o incluso potenciar estas comunidades?

Y nos presentamos. Incorporamos al equipo a Fanny (formoseña, forestal y becaria del INTA El Colorado) y a Paula (pampeana, docente de Forrajes, y becaria INTA Delta), ambas terminando su doctorado en la EPG (FAUBA). Nos propusimos estudiar las micorrizas del litoral: desde el Delta hasta Misiones, desde Corrientes hasta Formosa. La idea: que los sistemas integrados, que incluyen actividades ganaderas y forestales, maximizan la diversidad de hongos micorrícicos al aumentar la diversidad de especies de plantas y de estratos que capturan luz.

Lo anecdótico también es cómo se tejó esta red. La suerte quiso que Fanny llegara de Formosa a hacer su maestría (luego devenida en doctorado) en el área de Agroecología cuando el área y la cátedra de Forrajicultura todavía compartían pabellón. Paula y yo habíamos coincidido, en la prehistoria, en el equipo de voley de la facultad. Luego de recibidos, compartimos docencia en la cátedra. Con Emilio nos habíamos conocido antes de la RAE, en algún encuentro posterior a algún curso de la EPG.

Con este equipo salimos a la ruta a buscar las redes de micorrizas que conectan (o no) los distintos ecosistemas naturales y productivos del litoral. Y descubrimos un montón de redes. Descubrimos que hay una red que nos sostiene a cada uno, una red de familiares, colegas, amigos, compañeros de trabajo que te permiten embarcarte en estas aventuras. Descubrimos que hay redes institucionales. Que las Universidades, el Conicet y el INTA se entrelazan y llegan hasta en el último rincón de nuestro país.

Y entretejiendo fuimos creando nuevas redes, o uniendo las existentes. Nos encontramos, por ejemplo, con Kchito, un ermitaño que vive en el monte chaqueño y que decidió abrir su pequeño relictos de paraíso para que la gente conozca y aprecie la naturaleza, y para que nosotros tomemos muestras de redes subterráneas. También encontramos, por ejemplo, a Ojito que en su sendero nos cuenta las historias que nos cuentan los árboles. Y así conocimos escuelas, familias, productores, gente siempre dispuesta a contarnos, a enseñarnos, a mostrarnos, a abrirnos las puertas.

Y encontramos micorrizas. Descubrimos sitios con diversidad altísima, que no eran los que esperábamos, y encontramos que el manejo no necesariamente es nocivo para la riqueza, aunque puede cambiar la composición de las comunidades. Pero no es el objetivo de esta anécdota contarles lo que quizás puedan encontrar en un paper, sino contarles que también encontramos la posibilidad de iluminar un poco lo invisible. Cuando encontramos que hay cuatro especies (OTUs, para ser más precisos) de hongos ectomicorrícicos que solo aparecieron en el Chaco y no en otras regiones, ¿cuánto más vale el esfuerzo de quienes (como Kchito y Ojito) están buscando mantener áreas sin intervención? Cuando encontramos en el delta del Paraná una enorme cantidad de especies (VTs, para ser más precisos) de hongos endomicorrícicos que no aparecen en otras regiones, ¿será que revaloriza el esfuerzo de quienes están buscando entender el funcionamiento de estos humedales tan particulares? Y cuando encontramos que los pastizales pampeanos podrían ser hotspots de diversidad micorrícica, ¿cómo le agradecemos el esfuerzo de quienes hace décadas estuvieron y están tratando de entenderlos y defenderlos?

En este viaje aprendimos, sin mucha sorpresa, que nada es lo que parece y que lo que uno planifica desde un escritorio en Buenos Aires, se queda ahí cuando vas al campo. Aprendimos que todo es Chaco, y que nada es Chaco. Aprendimos que lo que un anfitrión te quiere mostrar es más importante que lo que vos quieras ver. Aprendimos que la Sociedad de Protección de las Redes Subterráneas también protege redes humanas.

Y aprendimos a valorar los espacios. Compartir una oficina no es solo una forma de economizar espacio. Los espacios de esparcimiento o deporte universitario no son un lujo burgués. Los encuentros a la salida de los cursos no son solo una excusa para procrastinar la tesis. Las instituciones públicas no son solo papeles y paredes. Y los congresos no son solo una oportunidad de conocer nuevos lugares. Son espacios para tejer redes. Al fin y al cabo, los nombres y las fechas son anecdóticos. Podrían haber sido otros colegas, otros encuentros, otros territorios. Lo que permanece es la trama que vamos tejiendo: redes de personas y de instituciones que, al igual que las redes invisibles de hongos bajo nuestros pies, sostienen y conectan lo que hacemos. Y quizás esa sea la mayor lección: que somos parte de una red de redes, y que cuidarla es también cuidarnos.